



Niños pobres en sociedades prósperas

Pau Mari-Klose
Diputado del PSOE,
Presidente de la Comisión
de Exteriores del Congreso

Criarse en condiciones de privación material y social puede convertirse en un hándicap que lastra el desarrollo físico y mental de los niños, y afecta a sus facultades en diferentes dimensiones. La pobreza infantil deja cicatrices. Los niños pobres en las sociedades prósperas tienen dificultades extremas para su desarrollo, y su condición económica perjudica enormemente que puedan alcanzar un futuro de vidas dignas.

La pobreza infantil deja cicatrices. Y no solo en los países menos desarrollados, que es el lugar que nutre en buena medida nuestra forma de pensar sobre la pobreza. Hacerse una idea ajustada de lo que significa la pobreza infantil en sociedades prósperas no es fácil. Enseguida se adueñan de nosotros estereotipos muy potentes anclados en el imaginario colectivo. En España y otros países económicamente avanzados es infrecuente observar las formas extremas de miseria: niños que llevan harapos, sufren desnutrición, o no tienen acceso a suministros de primerísima necesidad, como luz y agua. Eso ha llevado a algunas personas a negar que en nuestro país haya pobreza infantil, a pesar de que los indicadores utilizados convencionalmente para medirla en los países desarrollados nos sitúan entre los países donde el fenómeno está más extendido en Europa. En realidad, la pobreza en el mundo desarrollado se hace evidente si se conceptualiza adecuadamente.

Un estudio publicado este mismo mes de enero por *Proceedings of the National Academy of Sciences* por un equipo germano-británico hizo un

seguimiento de 67 niños adoptados cuya vida había estado salpicada por experiencias cortas (períodos de los 3 a los 41 meses) de situaciones de privación material y emocional severa en familias y residencias infantiles en la Rumanía de Ceucescu en los años 80, tras la cuales habían sido adoptados. Los investigadores escanearon sus cerebros cuando tenían entre 23 y 28 años. El mayor descubrimiento es que el cerebro de estos jóvenes, aparte de otras alteraciones, era más reducido que el de otros jóvenes de su edad nacidos en el Reino Unido. Las afectaciones son más importantes cuanto mayor había sido el tiempo pasado en condiciones de adversidad

Estudios como este sugieren que las situaciones de privación severa pueden tener importantes efectos epigenéticos. Pero no hace falta hacer seguimientos de situaciones extremas. En los países desarrollados, las situaciones de privación material en la infancia entrañan pocas veces experiencias extremas, pero acarrear desventajas relativas que pueden ser muy profundas y tener importantes implicaciones. Desventajas para participar en su sociedad en condiciones elementales que aseguren una

vida "adecuada" de acuerdo con los parámetros considerados normales por la inmensa mayoría de la población, así como para garantizar que estos niños y niñas puedan desarrollar sus facultades, talentos y capacidades, libres de hándicaps que se lo impidan.

En 2015, una de las mayores especialistas en el análisis de efectos epigenéticos, la neurocientífica Kimberly Noble, coordinó el estudio con muestra más amplia realizado hasta este momento, que examinó los cerebros de 1099 niños y jóvenes norteamericanos de 3 a 20 años. Los resultados no dejaban lugar a dudas. La superficie cerebral de los niños es mayor a medida que aumentan los ingresos de su hogar. Entre los niños más humildes, pequeñas variaciones en el estatus económico se relacionan con notables diferencias en la superficie cerebral, especialmente en áreas cerebrales que desempeñan un papel central en la conformación de capacidades ejecutivas básicas, competencias lingüísticas y memorísticas.

Criarse en condiciones de privación material y social puede convertirse en un hándicap que lastra el

desarrollo de los niños y afecta a sus facultades en diferentes dimensiones. Evidentemente no todos los niños en entornos desfavorecidos sufren alguna de estas afectaciones, ni el hecho de que la experimenten significa que inevitablemente vayan a alterar decisivamente su vida, pero puede suponer una primera forma de desventaja que muchas veces se suma a otras. La literatura especializada es extensísima y detallada sobre los efectos de la privación material y sus consecuencias sociales. La experiencia de la adversidad económica en la infancia no es una forma de malestar como cualquier otra. Es una experiencia crítica, que influye sobre procesos nucleares de la vida de la persona: su educación, su salud, su predisposición a desarrollar hábitos perjudiciales, su inserción laboral, etc.

Vivir con privaciones

Se vive en el hogar, donde son frecuentes las situaciones de privación de bienes básicos y las tensiones socioemocionales derivadas de la falta de recursos. Según los resultados de una encuesta nacional encargada por Save the Children en abril de 2019, la falta de recursos económicos provoca que las familias no puedan permitirse una serie de gastos importantes o los hagan bajo situaciones de gran presión financiera. En el estudio de Save The Children, un 3,1% no se podía permitir material escolar; un 5,1% una dieta sana de tres comidas al día; entre el 10 y el 20% declaran que no se pudieron permitir llevar a sus hijos al oculista, atención psicopedagógica o refuerzo escolar, comedor escolar, excursiones escolares o campamentos en períodos no lectivos; un 24,8% no se pudieron permitir actividades extraescolares;

y un 40,2% vacaciones al menos una vez al año. Pero incluso cuando se lo pudieron permitir, buena parte de estas familias declaran que les supuso serias dificultades. Un número considerable de niños ven seriamente comprometidas las oportunidades de jugar. Según análisis del Alto Comisionado para la Lucha contra la Pobreza Infantil, con datos de 2014, el 11,4% de los menores de 16 años vivía en hogares que no podían celebrar las ocasiones especiales, y hasta el 3,5% (250.000 niños) no disponía de juguetes.

Las situaciones de privación severa pueden tener importantes efectos epigenéticos en los niños pobres, hasta el punto que se sabe que la superficie cerebral de los niños es mayor a medida que aumentan los ingresos de su hogar.

La adversidad económica se vive también en la escuela, donde si eres pobre es bastante probable que acudas a un centro con altos niveles de segregación. Las situaciones de elevada concentración de estudiantes desfavorecidos en un centro, las bajas expectativas de los alumnos y la acomodación a ellas de los equipos docentes, el deterioro de los climas escolares o el afianzamiento de subculturas de resistencia a la institución escolar pueden malograr la posibilidad de que la escuela pueda garantizar condiciones mínimas de educabilidad. En estas condiciones, el riesgo de fracaso escolar se multiplica.

Los niños en familias pobres suelen vivir en barrios que ofrecen menos oportunidades de ocio, aislados del centro de las ciudades, donde esas opciones se acumulan. Es más probable que en su entorno vecinal escaseen personas que constituyan

referencias de éxito social, y abunden ejemplos de conocidos y familiares con trayectorias profesionales estancadas o declinantes. Que disfruten de menos oportunidades de completar su formación en actividades extraescolares, en cursos de verano, o en estancias en otro país. Adolescentes y jóvenes españoles en situación de vulnerabilidad económica son más proclives a incurrir en prácticas de riesgo, como el consumo de tabaco o la actividad sexual sin protección.

La génesis del abandono escolar prematuro, de la obesidad en

la vida adulta (y las afecciones que lleva aparejadas), de la empleabilidad en etapas de inserción al mercado laboral, de las oportunidades de prosperar en el mercado de trabajo y de muchas otras dinámicas que marcan la forma de desenvolverse en la vida adulta, hay que buscarlas en la etapa infantil.

La evidencia es apabullante. Es imposible aquí concentrarse en todos esos efectos, pero unas pinceladas sobre la asociación entre vulnerabilidad económica y exclusión educativa nos pueden dar una idea. España tiene elevados índices de fracaso escolar administrativo y abandono escolar prematuro. Estos fenómenos se concentran en los colectivos más vulnerables. Según datos del estudio PISA 2015, a los 15 años ha repetido el 53% de los adolescentes que pertenecen al quintil más bajo del índice socioeconómico y cultural



C. BARRIOS

por solo el 8,5% de los que provienen del quintil de ingresos más alto. Los adolescentes que provienen de entornos desfavorecidos tienen peor imagen de sí mismos como estudiantes, y expectativas socioprofesionales más bajas cuando se les pregunta por la ocupación que les gustaría desarrollar (eligiendo ocupaciones situadas en escalafones inferiores en una escala de prestigio).

Una investigación reciente de un economista de la Universidad John Hopkins y un genetista de la New York University, ha acreditado que los hijos menos dotados para los estudios de padres de altos ingresos se gradúan en la universidad en tasas más altas que los hijos más dotados de padres de bajos ingresos. Utilizando una nueva medida basada en uno de los mayores estudios del genoma, los investigadores encontraron que las dotaciones genéticas que más ayudan a tener éxito en los

estudios se distribuyen casi por igual entre los niños de familias de bajos y altos ingresos. Pero el éxito académico es un privilegio reservado casi exclusivamente a los últimos. A igual dotación genética, la diferencia en resultados es extraordinariamente llamativa. En el cuartil más alto del índice de dotación genética, la tasa de graduación es del 63% cuando los padres son ricos. Entre los mejor dotados con padres pobres, la tasa de graduación se reduce al 24%.

La investigación puso de manifiesto, por contra, que los menos dotados genéticamente para estudiar de las familias más ricas tienen las mismas probabilidades de graduarse en la universidad que los más dotados de las familias más pobres. Un 27% de los hijos de padres ricos que obtienen una puntuación en el último cuartil del índice genético, se gradúan en la universidad.

A pesar de todo ello, no está todo perdido. Como pone de manifiesto el estudio anterior, una proporción significativa de niños y jóvenes se sobreponen a la adversidad y salen adelante. Son los llamados resilientes. Muchos otros podrían hacerlo en una sociedad próspera como la nuestra, pero más inclusiva, en la que se embriden las tendencias al aumento de la desigualdad y se pongan en marcha políticas adecuadas que desfamiliaicen costes de crianza, proporcionen apoyos económicos a las familias, garanticen el acceso a la educación de calidad desde edades tempranas, luchen contra la segregación escolar, ofrezcan oportunidades de ocio educativo a niños que no pueden costárselo, etc. El futuro empieza ahora, en miles de hogares, escuelas y espacios de ocio donde corretean hoy, ajenos a su destino, los adultos del mañana. **TEMAS**